

CRÓNICA

CONGRESO DE ABADES 1967

El Congreso de Abades celebrado en Roma en el mes de septiembre próximo pasado y que contó con la presencia de ciento noventa y siete Superiores de los monasterios benedictinos significó un paso hacia adelante en la compenetración de las orientaciones conciliares, particularmente en lo que afecta a la institución monástica. Basta decir que hasta entonces no existía un esquema monástico que fuera como el fundamento de la Confederación Benedictina.

Con el más pleno apoyo se aprobó un esquema monástico que, iluminado por la doctrina conciliar, por la Regla y por el Evangelio, será como el Documento fundamental del benedictinismo actual.

Con todo una vez más visto como la marcha de los tiempos avanza lenta y tímidamente. Una Institución multiseccular como es la Orden Benedictina esta cargada de una larga y gloriosa tradición que al mismo tiempo condiciona la agilidad y libertad del espíritu. Un conjunto de factores históricos detienen el ímpetu de evolución adecuada a los tiempos presentes; no es exclusivo de la Institución monástica, la misma Iglesia se resiente del mismo fenómeno. Es este un hecho digno de tenerse en cuenta ya que entra plenamente dentro de la economía divina de conducción del mundo a través de las vicisitudes de la historia. La historia de la salvación nos muestra continuamente como Dios esta presente en su curso respetando las condiciones históricas y la libertad de los hombres.

Sin embargo, en el mismo Congreso de Abades, se pudo percibir la presencia del Espíritu no solo en las intervenciones “oficiales” sino también en un ambiente que tal vez representa un mayor porcentaje en la juventud de hoy; presencia que es signo portador de la Palabra de Dios que hoy habla a través de los acontecimientos y de las personas, presencia que es Revelación del Espíritu presente hoy y para hoy en la Iglesia.

Sobre esta presencia del Espíritu es justo dedicar un tiempo de nuestra reflexión para oír su voz y responder a su llamado en el hoy de la historia que construimos.

De acuerdo con el carácter de esta publicación se expondrán brevemente una serie de conceptos y tópicos que son los que constituyen el denso núcleo de la problemática actual del mundo monástico en renovación. La sinceridad, la autenticidad y la fidelidad vocacional de la juventud de hoy, sensible en extremo al soplo del Espíritu renovador presente en la Iglesia lleva a considerar esta problemática con dedicación y respeto. Lo que brevemente pueda exponerse exigirá un esfuerzo de complementación en una amplia visión sintética de la problemática antropológica y eclesial de nuestro tiempo.

1. Teología de la Encarnación

Las intervenciones maravillosas de Dios en la historia; en un principio en la creación, luego en la conducción del pueblo de Israel y por último, en la plenitud de los tiempos, cuando Dios envió a su Hijo a instaurar el Reino y a continuar su obra con la presencia de su Espíritu, manifiestan claramente un criterio divino en el plan de salvación, un criterio que podría llamarse ley de la encarnación en la historia. Las intervenciones de Dios que se hace presente en una

marcha constante de la historia van desvelando de acuerdo a las condiciones humanas, sociales y espirituales de los tiempos el arcano divino. Hay una pedagogía divina que se inclina hacia la humanidad, hacia su pueblo y acepta y respeta sus condiciones y limitaciones, que instruye y construye constantemente.

Hoy también esta voz del Altísimo nos habla través del Espíritu de Cristo presente en la iglesia hasta la consumación de los tiempos, con un lenguaje nuevo. Esta voz que ha obrado maravillas en la historia de la salvación no ha callado, ni se repite, la historia avanza., la Iglesia evoluciona., la Revelación es actual, nos habla hoy con el lenguaje y los conceptos que la espiritualidad de nuestro tiempo va manifestando de modos cada vez mas enriquecidos. Los acontecimientos de la historia de la Iglesia muestran que la Revelación esta en continua evolución, que se agiganta y llega hasta nosotros con nuevas luces. Era justo que nuestros tiempos no se vieran privados de esta palabra encarnada en cada época de la historia con su modalidad propia. Tenemos fe hoy también en la palabra de Dios que nos habla y en la presencia del Espíritu en la trama de nuestra historia que lleva el sello de lo divino: la espiritualidad de nuestros tiempos acentúa nuevas concepciones de Dios, de la Iglesia y del mundo. Como el Verbo Encarnado no prescindió del mundo de su época, ni del hombre de su tierra, ni de la lengua de su pueblo; como el Verbo Encarnado se sometió a las leyes de la evolución, aceptó al hombre encadenado viciado; así también hoy el Verbo de Dios se encarna en los acontecimientos de la historia de la Iglesia que se transforman en Revelación del mensaje divino.

Esto nos lleva a tomar una actitud de suma atención para auscultar y detectar mejor los signos de los tiempos en el mundo de lo espiritual, para interpretar la historia divina que hoy se construye con los diversos elementos que la evolución ha aportado.

2. La Iglesia

Por disposición divina y de acuerdo a la condición social del hombre, Dios ha resuelto salvar al hombre no como solitario, sino como miembro de su pueblo, de su comunidad. El mundo no es un conglomerado de nómadas yuxtapuestas, sino una comunidad fraterna unida por vínculos humanos y espirituales muy profundos. Nuestros tiempos sobre todo frente al individualismo del siglo pasado y al cataclismo de las guerras mundiales se caracterizan por una fina sensibilidad hacia la solidaridad humana en escala mundial.

Paralelamente la Iglesia ha ido recuperando su dimensión de pueblo de Dios. En un momento dado se profundizó sobre el misterio de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo; hoy se complementa este aspecto considerando al hombre integralmente en su condición humano social y se habla de la Iglesia como “pueblo de Dios”. Ante una eclesiología, también en esto vertical se ha girado en línea horizontal. El hombre, el cristiano está llamado al reino, debe sentirse solidario en la misma construcción de la ciudad de los redimidos. Por otra parte el viraje vertiginoso de una teología abstracta hacia lo concreto, de una sistemática metafísica a otra histórica ha hecho tomar conciencia de la formación del reino en concreto, con sus iguales y entre sus iguales.

En el ámbito cenobítico pareciera que la espiritualidad monástica se va enriqueciendo con estas dimensiones sin perder su genuina originalidad y que el carisma monástico hoy puede revestir características totalmente nuevas, del mismo modo que la fisonomía del mundo y de la Iglesia en plena evolución. Hemos visto una Iglesia de una estructuración extremadamente jerárquica, hoy la vemos en sincero esfuerzo de transformación; el espíritu toma la primacía y las estructuras pasan a segundo plano al servicio de las personas.

De igual modo es posible que el Instituto monástico, bajo el impulso del espíritu vivificante

resucite en el mundo y en la Iglesia de hoy con el testimonio del monje que vive el drama de la historia y se siente solidario en la construcción de la Jerusalén celestial que desde ya comienza a edificarse.

3. La escatología

Relacionado con lo anteriormente expresado, se vuelve hoy a profundizar sobre el misterio de la escatología. Se insiste en general sobre el aspecto de las realidades de los últimos tiempos como realidades del futuro; sin embargo hoy es un hecho que se vuelven los ojos al misterio de la escatología en su línea horizontal, como incoado y presente en la Iglesia de hoy. La Iglesia es una comunidad de fe que ya comienza a vivir y celebrar el misterio de la Jerusalén celestial desde esta tierra. No solo comienza a vivir del futuro sino también es signo profético puesto ante las naciones. Para el mundo de hoy deberá la Iglesia encontrar un lenguaje expresivo y significativo para que su testimonio profético sea eficaz.

Para el monje tiene especial importancia el aspecto escatológico de la espiritualidad eclesial. No raramente se recurre a este concepto de escatología en su dimensión vertical, casi desencarnada de la realidad del presente en la Iglesia, para presentar al monaquismo como un fenómeno cuyo significado se percibe por su ausencia, por su muerte a las realidades del presente (y, ¡ojalá! también del pasado) para vivir ya las realidades de la otra vida.

Más adelante se podrá ver que al hablar de “monaquismo” se puede caer en el peligro de “institucionalizar”. Baste por el momento con expresar que en cualquiera de las direcciones que tome un movimiento, nunca puede revestir formas puras; porque así se construye la historia del hombre y del mundo y de Dios en la historia de la Iglesia: en la complejidad que llega constantemente a lo paradójico. La inseguridad y el riesgo de la vida deberá aceptarse en todos los órdenes. El monje es el profeta, el carismático que señala las Últimas metas hacia las que tiende la humanidad; pero al mismo tiempo se encuentra sumergido en su realidad biológica e histórica de la que no podría vaciarse sin dejar de ser; ni podría presentar un testimonio de trascendencia sino a través de los signos que la contextura histórica en que vive puede hacer comprensibles.

4. La alineación religiosa

Es este un tema tan amplio y profundo y al mismo tiempo tan acuciante para el hombre de nuestro tiempo que merecería un estudio aparte. Por lo cual me limitaré a presentar algunas ideas, como hitos, que muestran el camino en medio de una situación convulsionada que puede considerarse como uno de los más patentes signos de los tiempos.

Raíz última de esta situación inevitable es el dualismo INSTITUCIÓN - CARISMA y sus derivados, lo estático y lo dinámico.

La Iglesia por su misma naturaleza es una Institución a la cual, por divina disposición y todo cristiano esta sujeto en el aspecto de su autoridad jerárquica, y también en dependencia real para conseguir la gracia y la plenitud espiritual.

Junto a esto esta la otra realidad, o sea, el contacto directo, inmediato y vertical por el que Dios llama personalmente al individuo; en esto radica el carisma cristiano. Ocurre que puede darse un carisma que de hecho no corresponde a las estructuras de la Institución Eclesiástica, de donde puede surgir un dramático conflicto entre la Institución y el Carisma, entre el llamado de la Iglesia, Institución humano-divina y el llamado Carismático que se ejerce directamente sobre la conciencia.

La institución eclesial reviste formas históricas que pueden caducar; hoy, luego del Concilio Vaticano II nadie duda de este fenómeno. Así mismo las formas históricas están caracterizadas de hecho por estructuras estáticas y fijas, no solo en la parte jerárquica o de organización de la sociedad eclesial, sino también en las formas de expresión religiosa del hombre. Puede ocurrir que al hombre de hoy se le exijan formas de expresión religiosa que ya no condigan con el dinamismo de su ser y de su conciencia.

Por otra parte lo carismático en el hombre, si bien es imperioso y lo lleva a no someterse a formas institucionales, al enfrentarse con las normas eclesiales puede dar origen a una situación de conflicto que en sus formas más extrañas puede llegar a crear el drama de la fe: la necesidad de pertenecer a la Iglesia, signo de Dios puesto ante las naciones, y la necesidad de responder al llamado íntimo de Dios ejercido sobre la conciencia. Renunciar a la Iglesia o renunciar al llamado carismático es renunciar a una parte de sí mismo.

Todos sabemos como no se ha tenido una visión total de la Iglesia, especialmente después del Concilio de Trento. Simplemente no existió una verdadera eclesiología. Se acentuaron sin medida las estructuras jerárquicas vaciándolas prácticamente del contenido evangélico; y del carisma prácticamente ni se hizo mención. Así es que no existe una teología del carisma; más aún, surgieron una serie de prevenciones contra el carisma como si fuera portador de rebelión.

Hoy vemos un retorno a este llamado acuciante de autenticidad, bajo el patrocinio del Apóstol Pablo, el gran carismático, en ese movimiento oscuro y confuso de la secularización, de la muerte de Dios, del Dios inmanente que se encuentra en las profundidades del ser, de la desmitologización de la imagen de Dios y de la Religión, en una palabra en ese movimiento que lucha por destruir el dualismo enajenante entre vida profana y expresión religiosa.

Estos problemas tocan muy de cerca al monaquismo en lo que se refiere a las relaciones personales con Dios y en lo que se refiere a las formas institucionales.

Paralelamente a lo que sucede con respecto a la Iglesia-Institución, sucede inevitablemente con respecto al monaquismo institucionalizado, como también con respecto a las otras instituciones religiosas.

No hemos hecho más que esbozar uno de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo y nos induce a señalar algo así como una vía de salida al dilema: carisma-institución. El carisma es un llamado de Dios sobre la conciencia que es norma inmediata del vivir y por tanto es irrenunciable: la Iglesia en el plan divino es necesaria para que la persona sea miembro del pueblo de Dios. Por lo mismo para no despedazar el plan divino de redención es necesario no "institucionalizar", es decir, que la Institución debe tomar formas flexibles, elásticas, que dejen margen para la expresión carismática de ese pueblo de Dios. En otras palabras las estructuras de la Iglesia deberían tomar formas dinámicas, maleables, que vayan configurándose con el dinamismo de la vida que progresa y madura; las formas estáticas indicarían un movimiento regresivo hacia formas que en la evolución de la vida deben ir en continua superación.

Este mismo fenómeno se aplica plenamente en el orden monástico, que por otra parte es netamente carismático. De hecho la única explicación del fenómeno monástico en la Iglesia es la respuesta a un llamado "carismático" de Dios. Si pensamos en la evolución que se ha realizado en el campo de la liturgia, de los estudios bíblicos o del ecumenismo, vemos como también el monaquismo puede ir revistiendo nuevas formas insospechadas con un coeficiente de autenticidad mucho más profundo que el que le pueden dar formas históricas del pasado.

Esto que venimos diciendo queda espléndidamente corroborado por algo que ya ha entrado en la orientación conciliar y que lo encontramos expresado en el *Motu Proprio Ecclesiae Sanctae* N° 19, en una norma que indica el criterio con que se ha de seguir la renovación de la vida religiosa: "apta renovatio non semel pro semper fieri potest, sed continua quadam ratione

fovenda est...”.

Signos evidentes de esta presencia renovadora del Espíritu vemos en las “experiencias” de nuevas formas de monaquismo que aparecen en distintos países; formas de vida que reciben una configuración tan distinta de lo tradicional que la misma imagen del monje y del monasterio queda totalmente modificada. Nadie, sin embargo, puede dudar de la autenticidad de estas expresiones carismáticas: el monje que dedica las horas de trabajo en la fábrica; la comunidad que conddivide el trabajo en una especie de cooperativismo rural con la comunidad vecinal; la comunidad que colabora dedicando sus horas en la cátedra o en el colegio; y en todos estos casos el monje y la comunidad que dedican el resto del tiempo en la oración y la reflexión, en la profundización del mensaje de Cristo. Nos inclinaríamos a pensar que estas formas de vida religiosa y monástica no solo no son incompatibles con la imagen del monje y del monasterio, sino que muy al contrario son signos portadores de mayor autenticidad y que contribuyen inmensamente a desmitologizar la imagen del monje y del monasterio.

Conclusión

Al recorrer estas paginas, seguramente nos quedara un interrogante: ¿Que nos queda de nuestra vida monástica benedictina? Si bien esto que hemos expuesto es incompleto e imperfecto, con todo responde fundamentalmente a una dinámica de nuestro tiempo. Pero lo equivocado seria “generalizar” e “institucionalizar” esta visión de monaquismo. Lo que es fundamental y esta como línea constante en toda la trama de esta exposición es asegurar la libertad de los hijos de Dios que las estructuras no deben sofocar. Si observamos el espíritu de la *Regla* de N. P .S. Benito no es difícil encontrar toda una serie de directivas que encuadran perfectamente en este enfoque, aunque el cuadro histórico revista formas distintas. Nadie ignora la atmósfera de libertad que introduce san Benito en el monacato, su apertura a la Palabra de Dios encarnada en la Comunidad, su única meta: vivir auténticamente el mensaje de la Buena Nueva en comunidad y caridad. Sobre esta base pueden construirse monasterios de formas indefinibles, o de fachadas medievales o también de formas modernas y funcionales.

Sobre estos temas se concentrara la atención y la reflexión de los Superiores de los monasterios benedictinos en el próximo Congreso de Abades que se ha anticipado para dentro de tres años, precisamente para estudiar esta temática y buscar una respuesta a todos los problemas que contienen las grandes preocupaciones y aspiraciones del monje de hoy. Nadie por lo mismo puede quedar decepcionado de lo realizado en el último Congreso de Abades. El corto espacio de tiempo; una serie de problemas que pide reflexión y estudio prolongado; además, lo prematuro que hubiera sido dar una respuesta sobre esta problemática que queda abierta, en fin todos estos motivos han dictado la norma mas sabia y prudente: reunir un congreso dentro de tres años con esta finalidad.

P. Ignacio Bruni - Prior
Abadía del Niño Dios